

en Beirut. El primer garaje inicia ahí, en tierras orientales.

También narra sus odiseas, cuando llegó a Alemania y no dominaba el idioma, cómo la música fue su moneda de cambio para internarse en aventuras. Bromea sobre su suerte, el público ríe; Malikian domina la simpatía como ejecuta el violín.

El siguiente garaje: Londres. Allí su carrera musical terminó por despegar. En el escenario, Malikian toca en el mismo tempo de su vida: un energético sonido roquero que a veces deambula con calma.

El próximo diálogo se compondría una mañana después, entre una orquesta de cubiertos y con el sabor de un jugo verde, luego de que el trotamundos musical desayunara en un hotel de Torreón y justo antes de que siguiera su peregrinar rumbo al aeropuerto Francisco Sarabia.

¿Tuviste un primer diálogo con el violín?

No recuerdo cuándo empecé a tocar el violín. Lo tuve siempre en mi vida. Mi padre era un fanático del violín, un enamorado de la música y puso el instrumento en mi vida desde que nací, prácticamente (o incluso antes). No recuerdo el encuentro con el violín ni el momento donde me enamoré de él. Siempre ha sido parte de mi vida, hacía parte de mi día a día. No hubo un día en el que me haya enamorado de él o un momento en el que dijera “quiero ser violinista”.

¿Qué tan dura fue tu infancia en Líbano?

Cuando la vivía pensaba que era una infancia normal, común y corriente. Veía a todos los niños de mi edad viviendo las mismas cosas que yo vivía. Pero, hoy en día, cuando lo pienso, me doy cuenta que no era una infancia normal porque tenías que estar siempre

al pendiente de la inseguridad del país, de los bombardeos, de qué ejército acababa de invadir y dónde había que ir para protegerse. Me imagino que para un niño eso crea angustia, preocupaciones y, dentro de todo, creo que he salido muy afortunado. Es verdad que hasta los 15 años viví en Líbano y de Líbano no conozco nada, prácticamente; sólo conozco mi edificio, mi colegio y el sótano de nuestra casa. He conocido Líbano años después, cuando la guerra se ha acabado y he podido volver. Yo recuerdo que era un niño feliz porque tenía el amor de mis padres, tenía a mis amigos, pero pensando que,

claro, han sido cosas difíciles que los niños no deberían vivirlas. Sin embargo, hoy en día, gracias a todo lo vivido, sé valorar lo que tengo.

¿Cómo era aquel sótano, aquel primer garaje?

Era un garaje muy grande, de varios pisos donde se quedaban todos los vecinos. Y no sólo los vecinos, sino también se quedaban otras personas del barrio, porque no todos los edificios tenían sótanos. Entonces, había mucha gente, era como un recreo, como si quedaras en un bar y, dentro de toda la situación dramática que uno vive, la gente intentaba sobrevivir con



Foto: Archivo/Erick Sotomayor Ruiz